

C A M U S

Escribe: EDUARDO CARRANZA

Cuando yo era niño, dice don Eugenio D'Ors en alguna de sus breves y profundas glosas, tenía a menudo este sueño; el balcón de mi casa no daba sobre un jardín, o calle, o campo, o serranía. Daba sobre el vacío. A veces un vacío con niebla. Yo me asomaba a él sobrecogido, como si me asomara al final del mundo. Cuando esto había soñado la inquietud me duraba todo el día. (He citado de memoria pues no tengo a mano los más antiguos Glosarios de don Eugenio). Pues bien: la ansiedad, el nihilismo, la desesperanza de nuestro tiempo, no son otra cosa. No se vive impunemente en el final de un mundo, asomados sobre los más sobrecogedores presagios.

El humanismo renacentista que había hecho del hombre la medida del hombre, del mundo y de las cosas, llevaba implícitos, por ello precisamente, los gérmenes de su descomposición. De allí se pasó al libre examen y de éste al racionalismo que niega toda realidad sobrenatural. El sitio de Dios en la vida humana se fue reduciendo al avance de estas filosofías. Se fue estrechando el ámbito de lo sobrenatural. Se resquebrajó la unidad teológica, metafísica y moral de la cultura cristiana. El alma europea, occidental, se dividió y subdividió. Y el ensueño unitario, universo, de Occidente, entró en liquidación. En este límite vertiginoso fue fácil despeñarse en las vaguedades humanitaristas, en las ilusiones científicas, en la torrentera del materialismo histórico, en el vacío existencialista. Así llegamos a la historia que estamos viviendo, sufriendo, y en la que es nuestro destino participar. Nos ha tocado, pues, vivir en el confín de un mundo, en el sangriento atardecer de una edad histórica, en el crepúsculo del Renacimiento, en vísperas de un nuevo milenario y con el presentimiento de una catástrofe cósmica. Tal

vez estamos en la puerta de una nueva edad oscura. De una noche oscura sin alma.

Albert Camus es el testigo, el más grande testigo, quizás, de las almas roídas por la desesperación contemporánea. Yo podría citar, también testigos esperanzados, —los que consultan “oráculos más altos que su duelo”— de esta nuestra generación que siente cuartearse bajo sus pies el suelo histórico. Pedro Laín Entralgo, por ejemplo.

Más sobrio, más lúcido que Sartre, Camus ha dejado el patético testimonio de su travesía por un mundo —el suyo, el de la mayoría de sus contemporáneos— sin sentido. Su reacción inicial ante el *absurdo vital* le lleva al comunismo y al existencialismo en la línea de Sartre. Sus novelas “L’Etranger”, “La Peste” y los cuentos de “L’exil et le royaume”, más que por la estructura narrativa, más que por el relato —secundario en sí mismo— en un sentido estético, interesan como la poderosa expresión de la *angustia*, en sentido heideggeriano, llevada a su más dramático extremo. Nos dejan la asfixiante sensación —casi física— de un vacío más aterrador que el abismo pascaliano. El mismo nos ha contado los años miserables de su adolescencia, las tétricos años de su juventud, en los cuales resplandece solamente, entre tanto “*desprecio*”, el honor de escribir: “durante más de veinte años de una historia de locura y delirio, desvalido y extraviado como todos los de mi época, me vi sostenido por el sentimiento oscuro de que escribir es hoy un honor, porque ese acto obliga no solo a escribir. Me obligaba principalmente a sobrellevar, tal como yo era y según mis fuerzas, con todos los que vivían la misma historia, la desdicha y la esperanza que compartíamos”. Luego le sostendrá también su fe en el *élan vital* mediterráneo.

Camus, fuera de la fraternidad cristiana, desterrado de Dios, no espera la salvación del hombre, sólo aspira a servirle: “Somos algunos, escribe patéticamente, los que en este mundo perseguido tenemos el sentimiento de que si Cristo ha muerto para algunos, no ha muerto para nosotros. Y, al mismo tiempo, rehusamos desesperar del hombre. Sin tener la ambición irrazonable de salvarle, nos empeñamos al menos en servirle”.

En “L’homme revolté” ha expresado su amarga decepción del marxismo que, buscando la justicia absoluta mata la justicia personal”, y destruye al hombre *concreto e individual*. Esto

nos lleva a recordar al “hombre de carne y hueso” de Unamuno. José Umaña Bernal ha señalado en una aguda glosa la relación entre la angustia de Camus y la agonía de Unamuno. Viene a decirnos que Camus parece un personaje de Unamuno. Y es verdad. En su obra, particularmente en sus ensayos de tan honda y densa calidad, en su teatro de los últimos años late el ansia de verdad, de justicia, de inmortalidad, de libertad que atraviesa como un fuego medular toda la obra del gran Rector de Salamanca. Recordemos que Camus era hijo de española. Recordemos su apasionado interés por todo lo hispánico. Lo ancestral ibérico sale a flote muchas veces en su obra. El estoicismo por ejemplo. Entre su prosa, tan nítida y sobria, parece circular, mezclado al arenoso viento de su Argelia natal, el seco, el trágico y normativo viento de Castilla.

Murió Camus cuando sobre su obra, sobre su frente, comenzaba a destellar una nueva esperanza en el hombre, en un nuevo humanismo que rescate los valores radicales de la libertad y la justicia... “Al final de estas tinieblas es inevitable una luz que ya adivinamos; solo tenemos que luchar para que se haga. Más allá del nihilismo, todos entre las ruinas preparamos un renacimiento. Pero lo saben pocos”... Esta ráfaga de claridad esperanzada sería lo último que vieron sus ojos en la hora del trágico final.